

CRISTO MÉDICO Y SU ARTE DE CURAR SEGÚN LOS SERMONES DE SAN VICENTE FERRER

Alfonso ESPONERA CERDÁN

Original rebut: 20/11/2020
Data d'acceptació: 06/04/2021

Adreça: C/ Isabel la Católica, 25
46004 VALENCIA
E-mail: espo.ar@dominicos.org

Resum

El dominic sant Vicenç Ferrer (1350, Valencia – 1419, Vannes) va viure nombroses epidèmies. Aquest treball, després de presentar breument les malalties i metges de la Bíblia i en la teologia cristiana medieval que són la inspiració del pensament de sant Vicenç Ferrer, se centra en alguns dels seus sermons sobre Crist Metge i el seu procediment de guarició de les ànimes, segons la pràctica que feien els metges del seu temps.

Paraules clau: Predicació, sant Vicenç Ferrer, cristologia, *infirmitas*, edat mitjana.

Abstract

The Dominican Vincent Ferrer (1350, Valencia – 1419, Vannes) had to live numerous epidemics. In this context, he introduced diseases and physician role, in a compendious way, in the Bible and medieval Christian theology, sources of his thought. He has centered the figure of the Physician Christ and his procedure for healing souls in some of his sermons, according to the way and practice of the physicians of his time.

Keywords: Preaching, Vincent Ferrer, Christology, *infirmitas* (disease), Middle Age.

1. ENFERMEDADES Y MÉDICOS EN LA BIBLIA Y EN LA TEOLOGÍA CRISTIANA MEDIEVAL

Considero necesario hacer un apartado previo sobre las enfermedades y médicos tanto en las Sagradas Escrituras como en la posterior teología cristiana,¹ por ser el referente y contexto fundamental del pensamiento del dominico valenciano.

1.1. *En los textos bíblicos*

Las alusiones a la enfermedad y a la medicina en los textos bíblicos son extraordinariamente copiosas. Solo su mención llenaría varias páginas, que evidentemente no hay que entenderlas desde la interpretación exegética actual, sino desde el pensamiento semítico veterotestamentario personalista y moral de la concepción de la enfermedad humana, según la cual esta sería la sensible y aflictiva consecuencia de un pecado. Más aún, una consecuencia hereditariamente transmisible.

Por otra parte, algunos judíos piadosos consideraban el recurso al médico como una falta de fe en Yahvé (cf. enfermedad y muerte del rey Asá de Judá, 2Cro 16,12), pero Ben Sirá corrige esta postura enseñando: «Trata con el médico, pues lo necesitas, también a él lo ha creado Dios. El médico recibe su ciencia de Dios. [...] Dios hace que la tierra produzca remedios: el hombre prudente no los desdeñará [...]. El médico alivia con plantas los dolores y el boticario prepara sus unguentos; así no cesa la actividad de Dios ni la destreza de los hijos de Adán. Hijo mío, cuando caigas enfermo, no te descuides, reza a Dios y él te hará curar» (Eclo 38,1-9).

También las alusiones en el Nuevo Testamento son extraordinariamente abundantes. Mas para entender con alguna precisión tan frecuentes referencias a la enfermedad y al médico, es necesario distinguir tres modos fundamentales: uno es metafórico, consistente en presentar la fidelidad a Jesús como verdadero camino para la 'salud' del hombre; otro es directo, pues se refiere a la actitud personal de Jesús y los Apóstoles ante las enfermedades reales más diversas; y el otro es normativo dado que se refiere a los deberes del cristiano respecto al prójimo enfermo.

1. En este amplio primer bloque se seguirá de no indicarlo, el texto de obligada referencia de P. LAÍN ENTRALGO, *Enfermedad y pecado*, Barcelona 1961, 50-84.

Según las narraciones evangélicas, los fariseos se escandalizaban de la frecuente relación de Jesús con publicanos y pecadores. A lo que Jesús respondió: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos» (Mt 9,12; Mc 2,17; Lc 5,31). Jesús se presenta a sí mismo como médico y san Pedro dirá: «Él es Aquel por cuyas llagas fuisteis curados» (1Pe 2,24).

Más estrictamente médicas son las cuestiones que suscita la presencia de la enfermedad física, ya que es incontable el número de enfermos de la más diversa índole que Jesús cura. Pero estos actos interesan, no en cuanto milagrosos —«señales o signos del Reino», de su presencialización decimos hoy—, sino la actitud frente a lo que en sí misma es la enfermedad. Esto obliga a deslindar dos cuestiones muy próximas entre sí, pero distintas: la que atañe a la relación entre la enfermedad y el pecado, y la relativa a las dolencias físicas por posesión demoniaca.

¿Qué es la enfermedad, según los evangelistas? Recuérdese el texto en que el evangelista Juan describe la curación del ciego de nacimiento: «Preguntáronle sus discípulos: “Maestro, ¿quién había pecado para que este hombre naciera ciego, él o sus padres?”. Respondió Jesús: “Ni ha pecado él ni tampoco sus padres, pero así se manifestarán en él las obras de Dios”» (Jn 9, 1-3). Siguiendo la opinión común en su pueblo, los discípulos atribuyen la dolencia física a un pecado del enfermo o de sus padres. Perduraba en Israel, en su versión semítica personalista y moral la concepción de la enfermedad humana, sensible y aflictiva como consecuencia de un pecado y una consecuencia hereditariamente transmisible.

Pero Jesús en su respuesta deslinda dos cuestiones: la *causa* de la enfermedad y su *sentido*. En cuanto a lo primero, su actitud es tajantemente negativa: esa enfermedad no es la consecuencia de un pecado. En cuanto a lo segundo, esa enfermedad es para que en el enfermo se manifiesten las obras de Dios (o la gloria de Dios: cf. Jn 11,4).²

2. En el Nuevo Testamento los Apóstoles también curan, incluso expulsando demonios (cf. Lc 10, 9.17-20; Hch 3,6; 9,34), pero siempre son «en nombre de Jesús», no por sí mismos. Esto también ocurrió en el caso del dominico valenciano, como de todos los que hacen verdaderos milagros: no son por sí mismos sino que Dios actúa en ellos (para una repertorio de los «muchos milagros que hizo San Vicente viviendo», cf. V. J. ANTIST, *La Vida e historia del apostólico predicador Fray Vicente Ferrer* [1575], en A. ESPONERA CERDÁN (ed.), *San Vicente Ferrer, Vida y escritos*, Madrid 2005, 380-384; sobre el poder taumatúrgico vicentino, cf. J.-A. PIQUÉ I COLLADO, «La dimensión taumatúrgica de San Vicente Ferrer: epifanía del Misterio de Cristo a través del Evangelio en acto. De la historia a la actualidad», en A. ESPONERA CERDÁN – M. NAVARRO SORNÍ (eds.), *San Vicente Ferrer, mensajero del Evangelio. Ayer y hoy. (Actas del XVIII Simposio de Teología Histórica. 4-6 marzo de 2019)*, Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer 2020, 73-88.

Así pues, el hombre puede enfermar sin haber pecado. No pocas de las enfermedades que Jesús cura —el hombre de la mano seca, la hemorroísa, el hijo del centurión, la suegra de Pedro, etc— son mencionadas sin que esas narraciones permitan colegir una relación causal entre el pecado y la dolencia.

Pero parecería haber dos en las que Jesús afirmó que las enfermedades físicas eran debidas a los pecados corporales del enfermo: la del paralítico de Cafarnaún y la de la piscina probática. La curación del primero la narran los tres sinópticos (Mt 9,2-8, Mc 2,2-12 y Lc 5, 17-26). El perdón de los pecados no cura al paralítico (Mt 9,2b), sino una segunda y nueva intervención taumaturgica de Jesús (Mt 9,6b). Si los pecados del enfermo hubiesen sido la causa de su parálisis, su absolución, que es lo que interesa en primer lugar, le habría sanado de un modo inmediato. No fue así, pues para curarle Jesús hizo un nuevo milagro. La curación de este paralítico no enseña que la enfermedad sea, en ocasiones, una consecuencia del pecado, pues frente a ese paralítico, Jesús hubiese podido decir lo mismo que ante el ciego de nacimiento de que nos habla el evangelista Juan.

En el caso del tullido sanado junto a la piscina probática, Jesús le cura —sin previo perdón de sus pecados, esta vez— y le dice: «No peques en adelante, no sea que te suceda algo peor» (Jn 5,14). Con tales palabras, ¿enseña Jesús que existía en ese caso una relación causal entre pecado y enfermedad? Reitero que, a mi entender, su actitud frente al problema de las causas reales de la enfermedad humana es siempre de negación, o si se prefiere de inhibición.

También la mención de «endemoniados» es muy frecuente en las páginas evangélicas: «Id», ordena Jesús a los demonios que poseían a los dos de Gerasa (Mt 8,32); «enmudece y sal de ese hombre», dice al «espíritu inmundo» del poseso de la sinagoga (Mc 1,25; Lc 4,35). Jesús era un judío de su tiempo, y como tal aceptaba la presencia y acción del Demonio según aparecía en los libros sagrados. En relación con nuestro tema, toda interpretación acerca de los *daimones* o *daimonia* que los evangelios mencionan debe tener en cuenta, necesariamente, el sentido de las distintas expresiones con que se les nombra: «espíritus inmundos» o «impuros», «espíritu maligno», «espíritus de la enfermedad». Jesús con su actitud y con sus palabras enseña que ciertas «enfermedades» son producidas por esos «demonios» o «espíritus inmundos».

Por otra parte, los evangelistas distinguen entre las enfermedades «naturales» (epilepsia, histeria, etc.) y los estados de posesión demoniaca. Así Mateo (4,24) señala que trajeron a Jesús «enfermos con toda clase de enfermedades y dolores», «endemoniados», «lunáticos», «paralíticos», y que

curó a todos. Y es que según los evangelistas la posesión demoníaca no es siempre el castigo de un pecado, ni siempre se manifiesta como «enfermedad».³

Siglos después, concretamente en tiempos un poco posteriores a nuestro predicador valenciano y en su Proceso de Canonización, se nos relatan diversos casos de presuntos endemoniados que, llevados a su sepulcro en Vannes, se curaron.⁴

Finalmente pasemos a presentar la posición del Nuevo Testamento en orden a la conducta para con el prójimo enfermo, también muy tenida en cuenta por nuestro apóstol dominico en sus días.

Las palabras de Jesús inician esta actitud frente al enfermo: «Señor, ¿cuándo estuviste enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? [...] Os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con uno de estos hermanos míos tan pequeños, lo hicisteis conmigo» (Mt 25, 39-40). Así pues, el enfermo debe ser primariamente atendido en cuanto hombre desvalido y menesteroso, y no solo en cuanto amigo o cliente susceptible de ayuda «técnica» eficaz.

Este mandato de Jesús resonó pronto en los demás diversos escritos cristianos inspirados posteriores: «¿Hay alguno enfermo?, llame a los presbíteros de la comunidad, que recen por él y lo unjan con aceite invocando al Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor hará que se levante; y si hubiera cometido pecados, se le perdonarán» (Sant. 5,14). El médico cristiano poco más tarde participará en esta misión caritativa, pues al enfermo pide el pensamiento cristiano resignación y ofrecimiento, y al médico, arte y caridad, sin olvidar que la enfermedad tuvo para aquellos primitivos cristianos un profundo y esencial sentido religioso.

1.2. *En la teología cristiana medieval*

Del mundo medieval occidental considero que es conveniente presentar cómo su reflexión teológica afrontó el problema de la enfermedad en cuanto

3. Laín Entralgo señalaba ya en 1960 que «para el médico actual —incluso para el médico creyente en la realidad de las “posesiones” que el Evangelio menciona—, el problema de la “posesión demoníaca” debe ser, ante todo, un problema de ciencia y experiencia. Como frente al milagro, solo deberá tenerse por *posible y creíble* la “posesión”, cuando la intelección del caso se halle por encima del saber y del poder humanamente conseguidos» (P. LAÍN ENTRALGO, *Enfermedad*, 55-56).
4. Cf. p. ej. A. ESPONERA CERDÁN (ed.), *Proceso de Canonización del Maestro Vicente Ferrer, o.p.*, Valencia – Freiburg 2018, 62, 136, 250-251.

afección concreta e individual. Dejaré a un lado la relativa a la enfermedad, considerada genéricamente como vicisitud de todo ser humano después del pecado original.

Pero antes de pasar a ello, señalaré que no deja de ser curioso que santo Tomás en su *Summa Theologica* no mencione expresamente la enfermedad entre las consecuencias corporales del pecado original, pues solo habla de la muerte «et alii corporales dejectus». Mayor es la explicitud en su *Summa contra gentes*, cuando estima que las enfermedades humanas somáticas y psíquicas pueden ser consideradas, desde un punto de vista meramente racional, como indicios probables del pecado original.⁵

Para san Buenaventura «multiplex dejectus, multiplex labor, multiplex morbus, multiplex dolor» fueron las secuelas corporales del pecado de nuestros primeros padres.⁶ Así lo venían afirmando los pensadores cristianos desde Teófilo de Antioquia, Metodio de Olimpo, Anastasio, Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo y Anselmo. Por ello quizá Vicente Ferrer afirmará que:

Como el médico dice al enfermo después de haber sido bien curado: «Confía, has sido curado, ya que se ha expulsado la materia maligna». Dígase aquí cómo todas las enfermedades proceden de los pecados, pues si no hubiera existido el pecado de Adán y Eva, jamás enfermaríamos, ni envejeceríamos, ascenderíamos al Cielo sin muerte, pero por causa de los pecados se abrieron las puertas a las enfermedades, miserias, etc. Por ello, cuando el hombre padece, debe acusarse a sí mismo inmediatamente: «Esta enfermedad me viene por algún pecado, porque Dios no disfruta con la tribulación de su criatura», por ello, al momento, debe aceptar la purga, es decir, confesar, porque la cura viene cuando la raíz de la enfermedad es expelida del hombre, y no se puede obtener de otra manera.⁷

Ante esta visión de la enfermedad como castigo de un pecado personal sobreañadido al pecado original, ¿qué puede, qué debe decir el teólogo cristiano? Por lo pronto, algo muy sencillo: repetir las ya citadas palabras de Jesucristo ante el ciego de nacimiento (cf. Jn 9,1-3). Fieles a tan clara enseñanza, los teólogos medievales distinguieron del modo más nítido y riguroso el pecado y la enfermedad. Y así afirmarán que el pecado es por su propia

5. Cf. *Contra gentes* IV, c. 52.

6. San Buenaventura, *Breviloq.* p. III, c. V, 2.

7. F. M. GIMENO BLAY – M^a. L. MANDINGORRA LLAVATA (eds.) *San Vicente Ferrer. Sermonario de Aviñón (Avignon. Bibliothèque Municipale Ms. 610)*, València 2019, n^o 62, 436; se citará: *Sermonario de Aviñón*. Este volumen contiene cronológicamente casi todos los sermones que predicó en la isla de Mallorca en el último trimestre de 1413 y comienzos del año siguiente.

naturaleza un acto puramente espiritual.⁸ Pero ello no quiere decir que en la realización de algunos no hayan de intervenir movimientos corporales. Al contrario, la constitución esencial del ser humano exige que en todos sus actos, hasta los más espirituales, participe el cuerpo de algún modo. Pero un movimiento de este tipo solo es pecaminoso cuando quebranta la Ley de Dios y ha sido determinado por la voluntad libre y consciente el hombre que lo ejecuta. Una misma acción corporal será o no será pecaminosa según la ocasión y la intención con que haya sido realizada.

Por eso dirán estos teólogos que, aunque el pecado destruya la relación sobrenatural del hombre con Dios y disminuya la inclinación a la virtud,⁹ deja intactos los principios constitutivos del hombre y las potencias de su alma, en tanto medidas por sus objetos específicos. Solo mirando el desorden que el acto malo implica, puede afirmarse que el pecado corrompe el *bonum naturae*; pero, aclara santo Tomás, que debe entenderse por modo de causalidad formal, como se dice que la blancura blanquea una pared (cf. I-II, q. 85, a. 1).¹⁰ Aunque la enfermedad no sea en sí misma un mal —un enfermo puede vivir en estado de Gracia y convertir su dolencia en mérito ante Dios— no por ello deja de ser, para la naturaleza caída, un modo de vivir afflictivo, sea aguda o tediosa la aflicción que produce.

Pero si no es el pecado, ¿cuál será la causa de la enfermedad, considerada como afección individual y concreta? En cuanto a la génesis inmediata de las enfermedades humanas, los teólogos señalan procesos biológicos tomados de Aristóteles, Galeno y demás médicos de la Antigüedad.

Pero la razón por la cual existen enfermedades y dolores en el tránsito terreno del hombre es, en último extremo, un misterio impenetrable. Dios permite las enfermedades y el hombre trata de evitarlas o las combate con los recursos de su ingenio. Pero cuando fracasa en ese empeño, solo es posible recurrir a dos actitudes contrapuestas: la rebeldía contra un orden del Universo que le fuerza al sufrimiento, o la resignación ante un daño que se

8. Entre las causas internas del pecado mencionaban los teólogos la «disposición» y santo Tomás llamó «*aliqua aegritudinalis dispositio ex parte corporis*» (S I-II, q. 78, a. 3) a ciertas disposiciones morbosas de origen somático, por efecto de las cuales el mal se hace amable. Tales disposiciones no impiden totalmente el libre ejercicio de la voluntad del ser humano, aunque hagan a esta especialmente atractivo tal o cual objeto pecaminoso.
9. Para santo Tomás en la I-II de su *Summa*, los efectos del pecado son: la corrupción del bien natural (q. 85), la mácula del alma (q. 86) y el reato de pena (q. 87), si bien el concepto propio de efecto solo se cumple en el último.
10. Es muy significativa la delicada cautela con que Cayetano se vio obligado a interpretar la palabra *essentialiter* comentando el pasaje de santo Tomás acerca de los efectos del pecado (cf. su comentario a la I-II, q. 85, a. 4c) y es que, en principio y considerado en sí mismo, para el Aquinate el pecado no era causa enfermedad.

muestra superior a sus propios recursos. Con lo cual —rebelde o resignado— manifiesta que la enfermedad y el dolor tienen su última razón de ser en el *mysterium doloris*; un misterio en cuyo fondo late, insondable, la Providencia del Dios creador y redentor (*mysterium crucis*).

¿Es posible bucear dentro de ese *mysterium doloris* en lo que a la enfermedad atañe? La mente del teólogo debe reflexionar en el orden de la causa primera de toda realidad y cuenta en primer término con lo que el mismo Dios haya querido revelar acerca de su misteriosa providencia y de la economía soteriológica de la Creación.

Por otra parte, estos teólogos suelen describir dos especies distintas del dolor humano: el dolor «penal» y el dolor «medicinal». Cuando es «penal» —o sea, expresión sensible de una pena—, el dolor es siempre efecto de un pecado, el pecado original o un pecado actual. Mas no siempre es pena el dolor, aunque lo parezca, ahí están los dolores sufridos por la Virgen María, la Madre de Dios. Tales aflicciones no son «penas», sino ocasiones para el merecimiento espiritual.¹¹ Con ello se puede comprender cristianamente el sentido genético de muchas enfermedades: no son la pena de un pecado anterior, sino aflicciones medicinales, pruebas a que es sometida la existencia del *homo viator*.

Pero, ¿por qué un hombre es puesto a una prueba dolorosa y otro no? ¿Por qué la prueba llega en una ocasión y no en otra? No hay duda: su carácter «medicinal» no exime a la enfermedad de su pertenencia al *mysterium doloris*.

Sin embargo, la clara distinción esencial entre enfermedad y pecado no puede excluir su mutua relación; y no solo en cuanto vicisitudes de un mismo sujeto —la persona individual que soporta la enfermedad y comete el pecado— sino porque una y otra son, a su respectivo modo, desórdenes de la existencia humana.

Esta relación puede ser analógica y genética. Es analógica, por ejemplo, en la consideración de la penitencia del pecado con arreglo a las normas y al lenguaje propios del tratamiento medicinal (así lo presentan la *Didascalia Apostolorum*, Cipriano de Cartago, Gregorio de Nisa), en la visión de Cristo como «médico» y en el hábito didáctico de comparar entre sí el estado anómalo del cuerpo enfermo y la constitución del alma en pecado¹² y así santo

11. No debe ser incluida entre los «dolores medicinales» la llamada «pena medicinal» del pecado, pues a diferencia de aquellos, esta es verdadera pena como santo Tomás afirma (cf. I-II, q. 87, a. 7-8).

12. En la hermosa oración *O spem miram*, que frecuentemente rezamos los hijos de santo Domingo de Guzmán, como muy probablemente también hizo san Vicente, se pide «la ayuda de Cristo para nuestras almas enfermas». Es obvio que estas dos últimas palabras tienen sentido

Tomás equipara el desorden habitual que el pecado de Adán introdujo en la existencia del hombre y la *inordinata dispositio* que la enfermedad pone en la buena armonía del cuerpo sano (I-II, q. 82, a. 1-2).

2. MÉDICOS Y ENFERMOS EN LA PREDICACIÓN DE SAN VICENTE FERRER

El maestro Vicente Ferrer como buen transmisor de la Buena Nueva de Jesucristo y gran comunicador que era, utilizó para ello todos los recursos oratorios que tuvo a su alcance y así habló de los médicos y del modo y práctica que tenían en su época para la curación de los enfermos.¹³

Por otra parte, también se observará que conocía y eran su referencia fundamental al respecto las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, el pensamiento patrístico y de santo Tomás de Aquino,¹⁴ que suscintamente se han mostrado en el bloque anterior.

Posteriormente se pasará a analizar un sermón en concreto.

2.1. Consideraciones de san Vicente en sus sermones sobre los médicos y la práctica médica

La actitud que tuvo respecto a los médicos fue ambivalente, siguiendo la línea habitual de los predicadores tardomedievales,¹⁵ pero establecieron una

moral, y no psicopatológico; pero no es infrecuente que un «alma enferma» en sentido moral acabe siendo «alma enferma» en sentido médico.

13. Señala que «dicen los médicos que en este dedo [el medio, corazón, mayor o cordial] se encuentra la vena cordial, y por ello, en los desposorios se pone allí el anillo, en señal de que los cónyuges se deben amar cordialmente» (*Sermonario de Aviñón*, nº 89, 623).
14. El valenciano se refiere al Aquinate y no a las autoridades científicas para explicar algunas cuestiones médicas y así, por ejemplo, al referirse a la digestión sigue la *Summa Teologica* (cf. S I q. 119 a.1 ad1) señalando que de la comida se hacen dos partes: una líquida y otra sólida; la líquida va por la parte de atrás, pero de ella se hacen dos partes: una pura y otra impura; la impura va por la orina; pero de la pura todavía se hacen dos partes, una es recibida por la naturaleza, mientras otra va al miembro de la generación, cf. F. GIMENO BLAY – M^a. L. MANDINGORRA LLAVATA (eds.), *Sermonario de San Vicente Ferrer del Real Colegio-Seminario de Corpus Christi de Valencia*, Valencia 2002, 619-620. Y es que los conocimientos sobre medicina y sus usos que muestran aquellos teólogos en sus escritos, y lógicamente los predicadores en sus sermones, fueron de origen muy diverso, cf. J. ZIEGLER, «*Ut dicunt medici: Medical knowledge and theological debates in the second half of the 13th century*», *Bulletin of the History of Medicine* 73-2 (1999) 208.
15. Cf. C. FERRAGUD, «La enfermedad y la práctica médica en los sermones de Vicente Ferrer», *eHumanista: Journal of Iberian Studies* 39 (2018) 5-8. Otro trabajo sugerente de este mismo autor al respecto es: «Medicina i religió a la Baixa Edat Mitjana: rerefons mèdic de les pràc-

comparación entre el médico y Jesucristo. Este último encarnaba el ejemplo a seguir por los galenos y fue considerado como el primero de entre ellos, ya que su actitud ante la enfermedad y sus curaciones milagrosas así lo justificaban. Además, la intervención del médico exigía del paciente la fe en su poder curativo, poder que tenía su origen en el conocimiento y la experiencia,¹⁶ pero también, como reivindicaba Arnau de Vilanova, en la inspiración divina. El médico era un agente divino, un ministro de Dios, porque era el transmisor y la garantía del bien máximo: la salud. Los versículos del libro del Eclesiástico (38, 1-9), ayudaron a justificar esta postura arnaldiana y de muchos otros médicos-teólogos de aquellos tiempos.¹⁷ Por eso Vicente Ferrer enseñará: «el médico bueno y competente, cuando reciba al enfermo a su cuidado, no debe asegurar que él mismo otorgará la curación, que es efecto de Dios, sino diga: “Yo operaré según mi arte y ciencia, pero para los efectos de la curación hay que confiar en Dios”».¹⁸

El versículo 7 de ese mismo capítulo 38 dice: «el médico alivia con plantas los dolores y el boticario prepara sus ungüentos; así no cesa la actividad de Dios ni la destreza de los hijos de Adán». Y así el valenciano comenta que «hay medicinas que producen fastidio y abominación, como la *pillola*, pero el médico prudente las disimula para que no se vea su color ni se sienta su sabor, de manera que el enfermo la toma.»¹⁹

De hecho, los sacramentos y las oraciones eran considerados como una vía para la curación. Pero debían ser regulados para evitar la superstición. El uso y abuso de plegarias, símbolos y objetos utilizados impropriamente fue perseguido desde mitad del siglo XIV, sobre todo por los frailes mendicantes.²⁰ Vicente Ferrer lo era y criticó también a los clérigos que caían en errores semejantes, abusando de fórmulas y remedios como las *Misas de San*

tiques penitencials en els sermons de Sant Vicent Ferrer», *Scripta. Revista internacional de literatura i cultura medieval i moderna* 3 (2014) 27-45.

16. Cf. A. ROBLES SIERRA (ed.), *San Vicente Ferrer. Colección de Sermones de Cuaresma y otros según el Manuscrito de Ayora*, Valencia 1995, 398.

17. Cf. C. FERRAGUD, *Medicina i promoció social a la Baixa Edat Mitjana (Corona d'Aragó, 1350-1410)*, Madrid 2005, 590-593.

18. *Sermonario de Aviñón*, n° 75, 533. Por otra parte, si bien se procurará transcribir en castellano y lengua vernácula, se intentará mantener el estilo oratorio vicentino así como las palabras y frases en la lengua última que traiga el texto original.

19. Cf. *Sermonario de Aviñón*, n° 4, 22; añadiendo que «lo mismo hace Cristo: comer las carnes del hombre [en la Comunión] sería muy abominable, a causa de ello las disimuló en la hostia, para impedir que se viera»; idea que reitera en el pronunciado en Inca.

20. Cf. F. CARDINI, *Magia, brujería y superstición en el Occidente medieval*, Barcelona 1982, 114, 276-277.

Amador.²¹ Y así en un sermón aludió a ellas y a otras, que pertenecían a esa misma religiosidad popular no aceptada por la Iglesia, y a las que se atribuía el poder de hacer salir a las almas del Purgatorio por las que se celebraban:

Mas molts hi erren, que fan contra Déu, religiosos e preveres e d'altres, que no-ls va lo cor sinó en la avarícia de aquest món, que fan simonia. Axí com hun prevere dirà per avarícia al pacient que face dir les *Misses de Sent Amador*, e que-y hace tantes candeles e que-y hace un diner, e que-s diguen contínuament, a ben créxer la fava. Oo, quinya error! La primera és que per aquelles Misses isque l'ànima del Purgatori. Veritat és que la ànima de sa mare, de Sent Amador, n'isque, per ço que ere en tal condició que allò li valgué; mas no-u farà a hun altre, que una medicina²² no pot ésser general a totes malalties. [...] Sent Amador ere molt sant, e per allò per aventura salvà la ànima de son pare e de sa mare. Item, hi ha altre error, que les Misses diu que són tantes de la Trinitat, tantes de Senta Maria Magdalena, etc; e diuque-s deuen dir arreu. [...] Altra error: dels diners e de les candeles que-y fan metre, que munten X o XII sous. Açò simonia es e gran error, e per res no poden valer tals Misses. [...] E, per semblant, vosaltres lechs peccau, que-ls hi feu caure als preveres.²³

También utilizó el ejemplo de un médico que curó una llaga a un hombre con una cebolla, e inmediatamente quiso parecerse a los grandes médicos y utilizó sus mismos atributos: el vestido, entre otros. Este médico, todo fachada pero con pocos conocimientos, utilizaba también la cebolla para curar los ojos, con las obvias consecuencias perniciosas.²⁴ En otra ocasión dijo que el médico en cuestión procedía de Castilla —los oriundos de aquel Reino insta-

21. Eran treinta y tres Misas que se justificaban por la leyenda de san Amador († 855); se celebraban con un ritual preciso de luces, velas e invocaciones determinadas, y que para sufragarlas se daban treinta y tres sueldos (!).
22. Acerca del uso de las medicinas, cf. C. FERRAGUD, «Medicina i religió», 37-40. C. FERRAGUD – R. M. OLMOS, «Galenisme i medicaments en els sermons de sant Vicent Ferrer», *Specula, Revista de humanidades y espiritualidad* 1 (2021) 211-240.
23. G. SCHIB (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. V. III, Barcelona 19759, 181-182 y 6-12. Sobre estas Misas, algo más de un siglo después, las *Constituciones sinodales del obispado de Oviedo de 1553*, señalaron: «Otrosí por quanto suelen algunos dezir missas o treyntenarios que llaman de sancto Amador, y de otros sanctos, y tienen por averiguado que han de començar y acabar en ciertos días señalados continuándolas sin otra interpolación, con número determinado de candelas y otras cerimonias, y creen que no tienen el mismo effeto, ni aprovechan tanto si de otra manera se dizen, lo qual es supersticioso y reprehendido, por ende —sancta sygnodo approbante— ordenamos e mandamos que los sacerdotes de nuestro obispado no guarden tales ceremonias, antes de su officio avisen a los que se las encargan que es más servicio de Dios e cosa más approvada dezir las dichas missas sin guardar éstas ni otras cerimonias, que son sin fundamento ni aprovación de la Iglesia», citado por J.-A. YSERN I LAGARDA, «Sant Vicent Ferrer: Predicació i societat», *Revista de Filologia Romànica* 20 (2003) 94-95.
24. Cf. G. SCHIB (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. III, 181. No pocas fueron las críticas vertidas en aquel tiempo hacia estos galenos a los que les gustaba la ostentación. Cf. C. FERRAGUD, *Medicina*, 580-586.

lados en Valencia eran bastante habituales— y que curó a un hombre poniéndole cebolla en el talón, pero fracasó al ponerla en el ojo. La conclusión: «una medicina no val a totes malalties. Veus ací la falça creença».²⁵

Pero para el médico, y especialmente para el bien formado, no había pecado más grande que la soberbia: «Quants metges són e.l món que no conexeran la rael de la malaltia, e per vergonya nou demanaran de consell, e via que la pedra [de la soberbia] ho cobrirà tot e arisquen-se, e veus aquí, si mor lo pacient per mala cura, romanen homicides».²⁶

El *Sermonario de Perugia* recoge la *schedula* de un sermón fundamentado sobre las siete operaciones médicas más convencionales. Estas servirían como símil que se pondría en relación con la forma de curar el alma enferma por el pecado: «facies respicitur; pulso contingitur; urina attenditur; dieta precipitur; xerups inquitur; purgatio tribuitur; refecio conceditur.»²⁷ Durante su predicación cuaresmal en Suiza, en 1404, la utilizó en la predicación en Murtten.²⁸ Años más tarde, en la Valencia de 1413, aquellas anotaciones tomarían también cuerpo en un par de sermones cuaresmales.²⁹ Todos estos presentan algunas variantes de cierto interés. En esa lista de acciones médicas hay que separar las tres primeras, que formarían parte del diagnóstico (inspección visual del aspecto del enfermo, toma del pulso e inspección de la orina), de las cuatro restantes, propiamente acciones terapéuticas (dieta y medicamentos, jarabes y purgantes).

Para los médicos medievales la enfermedad era un fenómeno somático y referido exclusivamente al cuerpo; su naturaleza se reconocía examinándola con los sentidos. Y así su observación se iniciaba con la inspección visual de la apariencia externa del paciente, escuchando la narración de su enfermedad, tal como el pecador muestra al confesor sus pecados. Después, la enfermedad

25. Cf. G. SCHIB (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. IV, 161.

26. Cf. G. SCHIB (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. VI, Barcelona 1988, 161. Varios autores reflexionaron en sus escritos sobre los problemas morales con los que se podían encontrar los practicantes de diversas profesiones y así los manuales de confesores recogieron durante los siglos XIV y XV la forma en que se había de obtener la información detallada de estos defectos profesionales. Entre otros introdujeron la *rúbrica medicus* y bajo este epígrafe se recogían las diferentes formas en que un médico podía pecar, sobre todo cuando por su ignorancia e impericia herían, mataban o discapacitaban a sus pacientes. Cf. D. W. AMUNDSEN, *Medicine, Society, and Faith in the Ancient and Medieval worlds*, Baltimore 1996, 253-256.

27. Cf. F. M. GIMENO BLAY – M^a. L. MANDINGORRA LLAVATA (eds.), *Sermonario de Perugia (Convento dei Domenicani, ms. 477)*, Valencia 2006, 171.

28. Cf. F. M. GIMENO BLAY – M^a. L. MANDINGORRA LLAVATA (eds.), *San Vicente Ferrer. Sermones de Cuaresma en Suiza, 1404*, Valencia 2009, 87-92, latín, 179-180, castellano.

29. Cf. J. SANCHIS SIVERA (ed.), *Quaresma de Sant Vicent Ferrer predicada a València l'any 1413*, Barcelona 1927, 27-31). J. SANCHIS SIVERA (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. V. II. Barcelona 1934, 94-96.

se hacía patente a través de las diferentes señales que el médico tenía que aprender a interpretar.³⁰ Sin embargo, el valenciano puso una especial atención en el sermón suizo con respecto al tema de la uroscopia, que no aparece en sus intervenciones valencianas. Así, estableció una comparación entre la actitud del pecador, que no es capaz de mostrar abiertamente al confesor sus pecados, y aquellos que, temerosos del tratamiento que les daría el médico, escondían con argucias su orina, la aguaban o hacían que alguien orinase por ellos. Ni el pecador ni el enfermo que engañan podrán ver el alma o el cuerpo sanado, pues al final todos morirán sin remedio, unos en la vida terrenal y otros la eterna.³¹ Vicente Ferrer plantea esta cuestión extensamente y con naturalidad, como si este tipo de engaños fueran practicados asiduamente.

Sin duda el sermón donde más propia y genuinamente utilizó como similitud el arsenal terapéutico galenista imperante fue uno del que su tradición manuscrita ha conservado diez piezas, lo cual muestra la gran difusión que tuvo y en el que su *thema* fue: «*ipse vero apprehensum sanavit eum*» (Lc 14, 4).³² Cuando lo predicó en Valencia en la Cuaresma de 1413, expuso todas las modalidades de intervención a las que, según él, podía acudir el médico para curar a los enfermos: «Ara, yo he cerquat en philosophia e en teologia quantes maneres té per guarir lo malalt, e é'n trobat deu, e són aquestes: La primera, per suor; la 2^a, per vòmit; la 3^a per dieta; la 4^a, per untament; la V^a, per sagnia; la VI^a per cauteri; la VII^a, per cristiri; la VIII^a, per dormir; la 9^a, per exercici; la X^a, per purga.»³³ Su agrupamiento no es demasiado coherente de acuerdo con los principios galenistas, pero es que está más bien en relación con las necesidades retórico-pedagógicas: la ocasión que le brinda al predicador la actuación del médico para explicar con una clara similitud por qué vías Jesucristo cura el alma de los pecadores. Todo ello se estudiará extensamente en el posterior y último bloque.

Nuestro predicador no dejó de reconocer gran confianza depositada en los médicos. Y así señala que se recurra a ellos, que son útiles y necesarios, siguiendo el libro del Eclesiástico (38,1): «Atiende al médico antes que lo

30. Cf. N. G. SIRAI, *Medieval and Early Renaissance Medicine: An Introduction to Knowledge and Practice*, Chicago 1990, 124-127.

31. Sorprende el paralelismo con el tratado de etiqueta médica pseudoarnaldiano, *De cautelis medicorum*. En este texto se hace referencia a una serie de prevenciones que debían de tener los médicos durante el acto clínico, siendo el señalado cambio de orina o su adulteración especialmente remarcadas, cf. J. A. PANIAGUA, *Studia Arnaldiana. Trabajos en torno a la obra médica de Arnau de Vilanova, c. 1240-1311*, Barcelona 1994, 445-446.

32. Cf. J. PERARNAU I ESPELT, «Aportació a un inventari de sermons de Sant Vicenç Ferrer: temes bíblics, títols i divisions esquemàtiques», *Arxiu de Textos Catalans Antics* 18 (1999) 647-648.

33. Cf. G. SCHIB (ed.), *V. Ferrer. Sermons*, IV, 115-120.

necesites», esto es, por utilidad.³⁴ Además, el enfermo no cesa hasta que encuentra el médico que lo puede curar, aquel que tiene suficiente «autoridad»: «Digues: si haves una nafra en la tua persona, tantost cerquaries metge per guarir, e si ací no-n havié, tantost iries a l'altra ciutat.»³⁵ Y es que reconocía la importancia de acudir al médico ante la enfermedad: «Item, en lo cors; si hun hom és malalt, que haurà febra, o dolor de cap, o altres malalties, no porà per si matex aconseguir sanitat, abans cové que-l metge vinga, e segons la qualitat de la malaltia, ell faça la medicina; e, donchs, si lo cors vol haver sanitat, cové que estiga al regiment del metge, si no, perdut sou, e lo cors no porà haver ni aconseguir sanitat.»³⁶ Más aún, «cuando una persona tiene alguna enfermedad mortal en su cuerpo, no le basta con contemplarla y verla, sino que la muestra al médico.»³⁷

Por otra parte también menciona una costumbre, que desafortunadamente casi sigue hasta nuestros días: «cuando están [los jóvenes] enfermos dicen los suyos: “No le digáis que se confiese, porque *aurie pavor*”; pero cuando el médico dice: “Está hecho, haced que se confiese porque está deshauciado”. “No lo hagáis”, dice el diablo, de modo que cuando llega el confesor le hace dormir y le dicen los suyos a aquél: “Padre, ahora duerme, pero volved por la tarde” y entonces el diablo le hace sudar y se le dice al confesor: “Oh, Padre, volved mañana por la mañana, porque ahora suda”, y a la mañana, cuando llega el confesor: “¿Qué hay, Padre? Ha muerto a medianoche”».³⁸

Los practicantes de la medicina eran los únicos que, según el dominico, podían saltarse el cumplimiento sagrado del domingo y abrir su obrador. Esto, no obstante, no podía ser excusa para abandonar la obligación dominical de la Misa.³⁹ Pero no estaban exentos de cumplir los Mandamientos de la Ley de Dios y así dice: «máximo pecado es matar a la descendencia, y antes que eso debería elegirse la muerte, etc. Pecan todos los que lo consienten: el médico, el boticario, etc. Fue óptima medicina la que dio un médico en Barcelona a una monja que le pidió algún buen remedio para no quedar preñada, y le respondió que *non se ajustés amb ome*.»⁴⁰

34. *Sermonario de Aviñón*, n° 26, 166; reiterándolo días después, n° 224.

35. J. SANCHIS SIVERA (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. II. (Barcelona, 1934, 81-82).

36. *Ibíd.*, 244.

37. *Sermonario de Aviñón*, n° 48, 330; añadiendo: «también en la contrición se observan y ven las enfermedades de los pecados, pero no basta, es necesario mostrarlas al médico, esto es, al confesor», como se verá que desarrolla en otros sermones.

38. *Sermonario de Aviñón*, n° 7, 45.

39. Cf. G. SCHIB (ed.), *V. Ferrer. Sermons*. III. Barcelona 1984, 14.

40. *Sermonario de Aviñón*, n° 19, 121. Unos días antes también contó el mismo caso de la religiosa, cf. *Sermonario de Aviñón*, n° 9, 59.

Pero las referencias que hizo a los médicos, tanto a aquellos con formación universitaria que eran los mejor considerados y que encarnaban los ideales sociales del buen médico y la medicina más adecuada, o sea la galenista, como a los que basaban su labor en el empirismo, son escasas. No había depositado su fe en ninguno de ellos. Aunque se mostró mucho más cercano al médico con sólida formación universitaria y desconsideró cualquier otra forma de asistencia médica. Así en un sermón colocó en su lugar con total claridad al médico, aunque estaba encumbrado dentro de aquella sociedad:

La redempció general d'est món no-s podia fer per nenguna creatura: ell mateix, Déu e hom, hi havia a venir, axí com hun spital on haje molts malalts, gran metge hi ha a venir a curar-los. Axí est món es axí com hun spital, e no-y havia habitació nenguna que no-y jaguessen malalts. Vench lo gran metge del estudi de paradís, e vench a prathicar en est món, a guarir malalts.⁴¹

Aparece pues el hospital, lugar donde se fundían Religión y terapias en el sentido más amplio de la palabra;⁴² pero Vicente insistió en el valor del médico, presente solo esporádicamente en los hospitales de su época.

Por otra parte, coherente con su convicción de que no hay ninguna necesidad que tenga que ser procurada por obra del Diablo, predicó contra el recurso a los diablos o demonios tal y como se manifiesta en el ejemplo de Cristo.

Aquí se evidencia la estupidez y pecado de los que, deseando obtener curación, recurren a los demonios diciendo: «No tenemos médicos», etc. Dígase que recurran al nombre de Jesús si no disponen de medicina corporal, porque ésta es suficiente remedio para curar toda debilidad o enfermedad. El modo por el que, sobre la dolencia, con el signo de la cruz, debe decirse «Jesús», dígase también que es pecado lo que cometen aquéllos que para conocer la verdad o encontrar un objeto perdido recurren a los demonios, siendo antes preferible afrontar la destrucción y perdición de todo el mundo y la muerte antes que acudir a los demonios en virtud de alguna necesidad. Por ello dice la Escritura: «No os desviéis en busca de magos», etc. hasta: «Yo el Señor, Dios vuestro» (Lev 19, 31). Nótese: «seréis por ellos corrompidos», esto es, *siau deturpats*, porque para el caballero la mala fama significa traición, así también puede ser llamado traidor cualquier cristiano que recurre a los demonios, por lo que dice: «seréis por ellos corrompidos», a saber, por la mala fama, de manera que recurrid a Dios. Él mis-

41. Cf. *Quaresma*, 27.

42. Cf. P. HORDEN, «A Non-Natural Environment: Medicine without Doctors and Medieval European Hospital», en B. S. Bowers (ed.), *The medieval hospital and medical practice*, Aldershot 2007, 141.

mo da la razón diciendo: «Yo soy el Dios todopoderoso» (Gén 17, 1). Ahora, si alguien dijera: «Oh, hermano, ¿acaso no nos respondería sobre la averiguación de alguna verdad, el hallazgo de un objeto perdido o la curación de algún mal?»; dígame que más aún, pues si la verdad, la cosa perdida o la curación fueran necesarias y beneficiosas para el alma, entonces Dios escuchará en tu interior lo que pides, en caso contrario no pidas. Por ello, estos adivinos, etc., que son notorios cuando las gentes van en procesión hasta ellos, deben ser aniquilados por los señores y regidores de las comunidades, he aquí el precepto de Dios (Lev 20, 27): «El hombre o la mujer», hasta: «sean castigados de muerte». Pero si se pregunta qué muerte debe ser, si por suspensión o inmersión, etc. respóndase: «Los matarán», esto es, todo el pueblo. La razón es porque dañan a todos, y si se dijera: «Señor, ¿será pecado matarlos?»; la Escritura responde de esta manera: «Caiga su sangre sobre ellos» (Lev 20, 27).⁴³

Centrándose en los adivinos, dirá: «Pensad también que los preceptos de Dios son como una muralla redonda, no acudáis a adivinos, por ejemplo, si tu hijo, tu esposa o marido estuviera enfermo y tú te esforzaras para su curación recurriendo a médicos, etc., esto es bueno, porque se hace dentro de los muros, pero cuando acudes a los adivinos entonces *l'arest saltat às*, y por ello deberías ser castigado como desobediente, etc.». ⁴⁴

Días antes había enseñado:

Maldito es quien recurre a los adivinos por cualquier necesidad, porque nadie puede dar curación o hijos sino Dios. Dicen algunos: «Aquí no tenemos médicos, ¿acaso permitiré que mueran mis hijos?». Yo digo que no, sino que recurráis a la medicina virtuosísima de Cristo, esto es al nombre de Jesús, etc. Pero así como la medicina requiere preparación, etc., también la medicina de Cristo, a saber, confesar, porque debido a los pecados de los padres es muy frecuente que enfermen los hijos y es *maculada*. Estad atentos para evitar convertir la habitación de Dios en habitación de demonios, por ello dijo Dios: «La persona que se desviare para ir a consultar a los magos», etc. «la exterminaré de en medio de su pueblo» (Lev 20,6).⁴⁵

El dominico siguió en sus sermones criterios y líneas muy difundidas en la predicación desde hacía más de un siglo. Pero sus conceptos sobre la salud,

43. *Sermonario de Aviñón*, n° 18, 113. Cf. A. ESPONERA CERDÁN, «El Diablo y los demonios según San Vicente Ferrer. Una primera aproximación», en J. PASCUAL TORRÓ – J. M. DÍAZ RODELAS (eds.), *Fuente de agua viva. Homenaje al Profesor D. Enrique Farfán*, Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer 2007, 541-562.

44. *Sermonario de Aviñón*, n° 133, 924.

45. *Ibíd.*, n° 46, 317.

la enfermedad y la medicina los manejó con unos criterios diferentes para usarlos de acuerdo con sus intereses teológicos. Afirma Ferragud:⁴⁶

Nuestro predicador continuó, como muchos otros, con la estrategia de la ambigüedad. La etiología de la enfermedad desde un punto de vista racional y natural no fue apenas mencionada. Para el predicador, que la enfermedad fuera concebida como causa del pecado tenía todo un sentido que permitía conectarlo con sus intereses teológicos. La comparación del médico y de sus acciones con Jesucristo y los sacerdotes que llevaban a cabo su misión en la tierra permitía un amplio juego de metáforas e imágenes que muy bien podían ser entendidas por la feligresía. Ahora bien, un hombre de gran formación y buen conocedor del papel que desempeñaba la medicina en la sociedad de su tiempo, y del prestigio del médico galenista —por bien que fuera subordinado a la autoridad del teólogo— no podía dejar de reconocer esta valía. Con ello dejó fuera del sistema cualquier opción de práctica médica que no fuera esta medicina «oficial».

Y concluye:

Quando se refirió a este galenismo en acción, Ferrer puso el acento en el diagnóstico, el pronóstico y la acción terapéutica, y particularmente sobre cómo todo ello era percibido por el paciente. Así nos proporcionó a la vez una imagen de lo que sus feligreses entendían de sus enfermedades y cómo gestionaban su curación. San Vicente fue hijo de otro tiempo teológico y médico al de sus antecesores, y con un estilo propio buscó conmover a través de la conexión directa con su audiencia gracias a recursos sencillos, entresacados de la experiencia cotidiana. La acción terapéutica del médico se convirtió en un símil cada vez más habitual.

2.2. *Sermón sobre el thema Ipse vero apprehensum sanavit eum*

Pasemos ahora a presentar el ya mencionado sermón en el que partió de este *thema* tomado del versículo 4 del capítulo 14 del Evangelio de Lucas, predicado en la villa balear de Inca entre octubre y diciembre de 1413.⁴⁷

46. C. FERRAGUD, «La enfermedad», 8.

47. Se sigue la versión transmitida en: *Sermonario de Aviñón*, n.º 56 ff. 107v-109v (ms.), pp. 788-801 (latín-castellano). Sobre esta presencia balear vicentina, cf. A. ESPONERA CERDÁN, «*Hi era ab la ajuda de Déu a ops de las ànimas molt profitós*». San Vicente Ferrer en Mallorca», *Escritos del Vedat* 35 (2005) 89-125; también en E. CALLADO ESTELA (COORD.), *El fuego y la palabra. San Vicente Ferrer en el 550 aniversario de su Canonización*, Valencia 2007, 43-73.

2.2.1. Cristo gran médico

En primer lugar, y en una no habitual introducción en los sermones vicentinos que han llegado hasta nosotros, se pregunta si Cristo era reconocido como médico. Y así afirma que Cristo lo es según la Sagrada Escritura porque es reconocido propia y verdaderamente como médico aquel que posee dos cosas: en primer lugar la ciencia especulativa, o curso de medicina, esto es: conoce las propiedades de las hierbas, los minerales, etc., y sabe cómo deben aplicarse a las enfermedades; y, en segundo lugar, debe tener práctica en sus operaciones. Si alguna de estas cosas le falta, no será buen médico y así, si no tuviera ciencia *a una que n'avenga errará diz assajant*, ése no debe ser considerado médico, sino destructor de los hombres. Además, si supiera tanta ciencia como Galeno o Hipócrates pero no tuviera práctica, más bien sería Bachiller que Maestro médico. Así pues, todo médico conviene que tenga ciencia, entendimiento y práctica médica.

Que Cristo poseía estas condiciones, nadie de nuestro credo debe ponerlo en duda. ¡Qué mejor conocedor de las propiedades de las hierbas, los minerales y las constelaciones que él, que lo creó todo!, pues todos los filósofos nunca llegaron a conocer todas las propiedades de una sola *fuelha de sàlvia*. Por el contrario, dice el Apóstol Pablo acerca de la ciencia de Cristo: «En quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col. 2,3). También conoce la práctica médica, porque desde el principio del mundo hasta ahora siempre practicó y nunca nadie fue curado de una enfermedad sino por su mano, sobre todo en lo que toca al alma. Así por ejemplo David, que fue herido en el cuerpo y también en el alma por sus pecados, cuando fue curado, no le daba las gracias a los médicos sino a Dios, componiendo un salmo sobre ello, diciendo: «Bendice, alma mía, al Señor y no olvides ninguno de sus favores. El perdona tus pecados, él sana todas tus dolencias» (Sal. 102,2-3).

Por tanto, Jesucristo es un gran médico.⁴⁸ Él mismo se considera así cuando, por ejemplo, se encontraba entre publicanos y pecadores y los fariseos murmuraban y Jesús les dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos» (Lc 5,31). Y esto lo dice porque uno de ellos estaba enfermo de soberbia, otro de avaricia, etc.; por ello es bueno que el médico esté entre ellos. Dice aquí la *Glosa* de san Agustín: «Del Cielo vino el gran médico cuando, esparcido por todo el mundo, yacía el gran enfermo». Así pues, ésta es

48. Esta afirmación la reitera en otros sermones que pronunció en la isla balear (cf. *Sermonario de Aviñón*, 72, 419, 437, 518-519).

la razón y autoridad de que Cristo es reconocido como médico y máxime de almas.

2.2.2. Cristo sana las almas según el modo y práctica que observan los médicos

Después pasa a presentar el cuidado y método que Cristo observó para la sanación de las almas en pecado según el modo y práctica que observaban los médicos en la curación de los cuerpos según el Arte de la Medicina.

Afirma que estos se ayudan de diez modos, a saber: 1° *per susor*; 2° *per vòmit*; 3° *per dieta*; 4° *per unction*; 5° *per sagnia*; 6° *per cauteri*; 7° *per cristeri*; 8° *per dormir*; 9° *per exercici*; 10° *per purga*.

En primer lugar, y de acuerdo el Arte de la Medicina, algunas enfermedades se curaban *per susor* cuando dice el médico: «Cúbrase y sude», etc.; y de este modo se expelen los malos humores por los poros y se purifica el cuerpo.

Cristo cura con este método muchas almas enfermas gracias al sudor de la contrición lacrimosa, cuando el hombre se cubre con la memoria por el recuerdo de los pecados, diciendo: «Oh, miserable, tal día hice esto y esto»; y de esta forma el hombre llora, y estas lágrimas son los sudores del alma. Este sudor es de tanta virtud que una gota o lágrima de contrición verdadera, cura al alma de todas las culpas mortales.

¿Queréis saber cómo se generan estos sudores?, pregunta el predicador. Responde: «del mismo modo que hizo Cristo cuando sudó en la noche de la Pasión, como refiere Lucas: “Lleno de agonía oraba con más instancia; y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra” (Lc 22,44). Adviértase que dice «agonía», nombre griego que significa batalla. Pero no creáis que hubo en Cristo batalla igual a la que existe en nosotros, es decir de lucha entre la sensualidad, los sentidos, y el espíritu o la razón, pues en Cristo estas condiciones concordaban óptimamente. Sino que la batalla de Cristo se daba entre la sensualidad y el objeto de la Pasión, pues sabía ciertamente y veía que debía ser maltratado y finalmente muerto. Y viendo que debía afrontar esta Pasión, la sensualidad provocó el aflojamiento de las venas y el sudor de sangre. Por eso, las lágrimas de contrición deben generarse en nosotros mediante este método. Todos deben ver ante sí la pena eterna de condenación merecida por los pecados, pensando: “¡Oh, mísero, ¿cómo me salvaré de las garras de los demonios? ¿Qué diré cuando esté en el Juicio y se me pregunte ‘qué hiciste’, pues no he hecho sino pecar?”. Entonces llegará el sudor de lágrimas, que debería ser de sangre, pues tanta es la pena».

El segundo modo es *per vòmit*. Cuando alguien come en exceso, tiene el estómago repleto y no puede digerir ni dormir tranquilamente, sino *bastat*, etc. Y si se trata de veneno, el remedio óptimo es vomitar antes de que llegue al corazón.

Cristo ordenó con este modo la sanación del alma, pues la confesión no es otra cosa que el vómito de los alimentos indigeribles de los pecados, los cuales se encuentran en el estómago de la conciencia y, cual veneno, son comidos por el hombre. Por tanto, para el que desea curarse, el remedio óptimo consiste en que acuda a los pies del confesor y vomite allí; y el confesor le sostendrá la cabeza, o sea cuando le absuelve y el hombre se siente todo aliviado. Por ello, como el vómito se hace con esfuerzo, sobre todo cuando se tiene el pecho estrecho, etc., también la confesión debe hacerse con esfuerzo; y esto a causa de la vergüenza que causa la difamación de uno mismo.

El Eclesiástico dice: «Si te has visto forzado a comer demasiado, levántate, pasea y te sentirás aliviado en la enfermedad de tu cuerpo» (Eclo 31,25). Adviértase que dice «si te has visto forzado», etc. Nadie se reúne para comer si no es mediante ruego y de este modo se junta la esposa a comer con el marido y el amigo con el amigo. Lo mismo ocurre con los pecados: el hombre peca casi por coacción, si bien esta no es absoluta, pero una tal *forsa*, es decir *forsas-me e playrà-me*. Cuando alguien dice a un amigo: «Quiero vengarme de tal injuria, ven conmigo», y el otro: «Ah, no»; pero le responde: «Insisto en que vengas», y al final va: he aquí que la *forssa* que se hace no es *forssa forssada*. Algo similar ocurre cuando uno dice a la mujer: «Oh, hagamos tal cosa, que nadie lo sabrá», etc., *forssas-mi e playrà-mi*. Lo mismo cuando *lo carreter* dice al rico: «La ciudad necesita ahora dineros; por ello, si queréis enriqueceros, dadme en préstamo», etc. «Oh —dice el rico— sería usura», y aquel: «No, porque diremos al Notario que es una venta», etc. Lo mismo ocurre cuando un joven dice a otro: «Oh, vayamos al burdel o a la huerta a robar fruta», etc. Así las gentes del mundo se juntan para pecar, pero nadie se reúne para hacer las cosas que son de Dios; nadie dice: «Eh, vayamos a Misa, al sermón, a confesar, a comulgar», etc. Así pues, el remedio es: «Levántate» (Eclo 31,25); esto es, abandona la mala compañía. Es así que se produce el *vòmit*. ¡Oh, vómito bendito!, etc.

El tercer modo es *per dieta*, pues dice el médico al paciente febril: «Os recomiendo que no comáis carnes ni frutas ni bebáis vino. En cambio tomad caldo», etc., y de esta forma se restaura la naturaleza. Dice san Gregorio: «La dignidad de la condición humana, que por inmoderación —esto es, por exceso—⁴⁹

49. El valenciano señala que «dicen los médicos que mata más la comida que la espada, aún habiendo tantos muertos en las contiendas y las guerras, y por tal razón hay que tener templan-

ha sido dañada —es decir, destrempada—, con moderación medicinal —a saber, con dieta— y diligencia debe ser restaurada».

Con este modo cura Cristo las almas cuando algunos desean abstenerse de las delicias materiales por amor a Él. Del mismo modo que Cristo, por amor a nosotros, no quiso gustar de ese deleite, así también yo, por amor a Él y para salvación del alma, quiero abstenerme ciertos días de la comida material y de la cena, de frutas, de espadas, de cama, de ropajes, de danzas, de vanos ornamentos, y así abstenerme de superfluidades; esto se llama «abstinencia por Cristo». Y aunque esta sea pequeña, se reputa grande cuando el hombre, por amor, se abstiene especialmente de aquello a lo que está más inclinado, como la bebida antes de la Misa, los juegos, etc.

Efectivamente, si el hombre, para sanación del cuerpo, hace tanta dieta aunque sea delicado en su constitución, ¿acaso no le conviene hacer más para la sanación del alma? Cuando alguien confiesa y tiene la fiebre de la lujuria, la avaricia, la envidia, etc., y el confesor le dice: «Absteneos de la carne tantos días, o del vino, o ayunad»,⁵⁰ dicen: «Padre ¿y qué comeré pues no podré dormir?» y cosas similares; no se excusan ante el médico del cuerpo sino ante el médico del alma. Gran defecto es este, pues el que se abstiene por amor de Cristo, a ese se le perdonan los pecados y por ello el apóstol Pedro dice: «Os ruego, carísimos, que, como peregrinos advenedizos —los cuales, con él, en el camino, toman lo necesario y no se preocupan de delicadezas— os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma y observéis entre los gentiles una conducta buena» (1Pe 2,11-12); porque todos somos peregrinos aquí, nuestra casa está en el Cielo, según aquello: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas» (Jn 14,2). Por tanto, reprímense los deseos de la carne.

El cuarto modo es *per unction*. Los médicos aplican unguento cuando el vientre está estreñido, o la carne entumecida, o sobre las heridas, etc.

Cristo sana con este modo: el unguento es la oración, porque por mucho que estéis estreñidos e inflados por la soberbia, mediante la oración devota, esto es arrodillados, pensando que veis a Cristo indignado contra vosotros, etc.; entonces llega el terror y el corazón se ablanda y de este modo se humilla. San Bernardo dice que «la oración unge». ¡Cuántas heridas provocadas por el pecado se curan con el unguento de la oración!

Dígase el *exemplum* que trae el Evangelio de cierto pecador vano y pomposo, contra el que Dios pronunció sentencia de condenación, pero, postrado, le

za en el comer y en el beber» (*Sermonario de Aviñón*, n° 123, 854; cf. n° 53, 368); y es que la gula fue un vicio muy atacado por él en todos los cristianos, bien fueran sacerdotes, religiosos y laicos.

50. Acerca del ayuno, cf. C. FERRAGUD, «Medicina i religió», 33-37.

rogó diciendo «Concédeme un plazo» y le respondió el señor: «Mal siervo, te condoné yo toda tu deuda porque me lo suplicaste» (Mt 18,29-32). En efecto, la persona devota en la oración siempre debe ser humilde. Pero las oraciones que vosotros hacéis no causan humillación en el corazón, ya que se hacen de forma indevota, esto es al salir de la cama, al vestirse, al calzarse, al pintarse las mujeres, etc.; todo esto vale poco. Pero cuando se suplica al rey o al papa o a la reina, se hace humildemente y con gran reverencia, etc.

El quinto modo es *per sagnia*,⁵¹ cuando se tiene la sangre corrupta o cuando la sangre abunda en exceso, etc.⁵²

Con este modo curó también Cristo. La sangría es la limosna. Vosotros, ricos, que abundáis en dinero, ropas, pan, vino, etc., como no hagáis sangría os corromperéis, etc., porque las riquezas son ocasiones de pecado, venganza, lujuria. Dicen los ricos: «¿Y qué supondrá para mí gastar 50 florines para tener a esta doncella, o a esa viuda?», etc. Pero esta sangría debe ser para: redención de cautivos, para casar a las doncellas, para los pobres, etc.

Esta sangría se practica en la vena del corazón, porque: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6,21). Cristo dice de esta sangría: «Dad limosna de lo vuestro que os sobra y con eso todas las cosas estarán limpias en orden a vosotros» (Lc 11,41). Estas palabras deberían escribirse con letras de oro en las puertas de los ricos. Y nótese que dice: «Lo vuestro que os sobra», no dice que os expoliéis en invierno y lo déis todo a los pobres, ni a la esposa ni a los hijos, ni que saquéis el pan de vuestra boca, o de la de vuestra esposa o hijos; sino «de lo vuestro que os sobra», o sea una vez satisfecha la necesidad, deis a los pobres. Las ropas se estropean a causa de la polilla y los pobres mueren de frío y hambre, y el trigo se pudre en el granero.

Este punto toca especialmente a los eclesiásticos, porque los laicos tienen que dejar herencia a los hijos y casar a las hijas, y por ello si acumulan no es de maravillar. Pero los sacerdotes, que tienen rentas seguras, ¿para qué ahorran?, ¿por qué atesoran? Cuando el sacerdote pone en su corazón el anhelo de atesorar, se condena. Y es que si alguien tiene una casa en un

51. El manuscrito transcrito en *Sermons* (IV, 118) es quizá más claro y sintético: «la Vª manera és per sagnia. Mas són alguns que n'han terror; mas per ço que hagen sanitat, la han a sofrir. E lo metge vol que axí vage e que-s sàgnon, e açò per dues rahons: la una perquè n'isque la sanch podrida; e l'altra, que encara que la sanch sie bona, mas té'n massa, e per ço fa-la'n exir. Susaxí fa Jesuchrist, que fa sagnar lo peccador per restitució de torts. E per ço tornau-ho, per què diu la santa Scriptura: "Facite vobis amicos de Mammona iniquitatis" (Lc. XVI,9). E veus ací la sanch podrida, que hun florí de mal just farà podrir tots los altres. Mas dirà algú: "Yo no he res de mal just, mas he prou de bé". Donchs. De aquexa bona sanchfes-ne almoyna; si no ella te farà venir en ocasió de peccar. E per ço deye Jesuchrist: "Verumtamen quod superest (suple 'de bon just'), date elemosinam, et ecce omnia munda sunt vobis" (Lc. XI,41).»

52. Acerca de la efusión de sangre, cf. C. FERRAGUD, «Medicina i religió», 30-33.

lugar desierto y construye allí una cisterna para reunir el agua de la lluvia, obra con sabiduría; pero quien tiene un pozo en su casa, ¿para qué hace una cisterna? En cambio, los laicos están en el secano porque no tienen rentas seguras, sino lo que Dios les da en los campos, las viñas, etc.; estos reúnen cuando llueve, porque si este año Dios da con largueza, al otro no lo hará, y por ello conviene reunir para él y los suyos. Pero los sacerdotes, que tienen pozo, es decir rentas, ¿por qué construyen cisterna, o un cofre con ellas? He aquí la condenación.

El sexto es *per cauteri*.⁵³ En efecto, cuando existe una herida corrompida y fistulada es conveniente extraer de los huesos las fistulas, aplicando hierro candente; es una medicina muy dolorosa.⁵⁴

Cristo sana con este método a los corruptos, esto es a los inveterados en el pecado, que son *enfistolats*, porque no quieren abandonar los pecados, ni la mala vida, ni confesar. Si se les preguntara: «¿Y por qué?», dicen: «Idos, que yo también me salvaré bien como vos»; son obstinados, pero Cristo, con el *cauteri*, esto es con la tribulación, les quiebra una pierna o un brazo o con *el fuego de san Antonio*,⁵⁵ y entonces se convierten a Dios, confiesan, etc. Lo mismo las mujeres, que ni mediante predicadores o confesores quieren abandonar las vanidades como cuando muestran sus carnes a los hombres, etc.; pero Cristo, con el *cauteri* del cáncer o la lepra, las sana y cura. Buena es la tribulación corporal que sana el alma, como el médico que abre las carnes para curar el interior, etc. Por ello, dice Job: «Dichoso el hombre que es corregido —esto es, que *és ferit*— por el Señor. No desdeñes, pues, la corrección del Señor; pues él es quien hiere y cura con su mano» (Job 5,17-18).

El séptimo modo es *per cristeri*.⁵⁶ Es medicina vergonzosa, pero dicen los médicos que es muy provechosa y útil: ved aquí el perdón de los pecados. En efecto, cuando los malos humores no pueden salir del cuerpo se aplica el *cristeri*, etc.

Así como sabéis que el *cristeri* se compone de muchos materiales, también el *cristeri* del perdón está formado por muchos componentes.

53. Acción de cauterizar.

54. En otro afirmará: «así como el médico, cuando amputa una llaga o un miembro pútrido, está enojado contra el enfermo al proporcionarle dolor; sin embargo está obrando misericordia al trabajar por la salud del cuerpo; también se observa en las tribulaciones de este mundo que Dios está enojado, pero en realidad usa de misericordia para sanar las plagas de los pecados» (*Sermonario de Avión*, n° 51, 355).

55. *El fuego de San Antonio*, o ergotismo, es una enfermedad causada por la ingesta de alimentos contaminados por micotoxinas, causada fundamentalmente por el *ergot* o cornezuelo que contamina el centeno y, mucho menos frecuentemente la avena, el trigo y la cebada.

56. O *clisteri*, en castellano lavativa, enema.

Dicen algunos: «Oh, ¿cómo podré yo perdonar la muerte de mi padre, de mis hermanos, etc.?». Recibid el *cristeri* compuesto de varios materiales.

El primero es el de la Pasión de Cristo, quien en sus mayores dolores exclamó: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34), pues sin duda él veía a su Padre preparado para tomar venganza. El segundo es el de la Virgen María, de esta debéis recibir materiales vosotras, mujeres, pues cuando estaba totalmente desolada, después de que fue bajado el cuerpo de su hijo de la Cruz y sepultado, volviendo a Jerusalén los que lo habían crucificado la veían y decían: «Ésta es la madre» y se avergonzaban. Ella les saludaba diciendo: «Dios sea con vosotros», porque el Diablo estaba con ellos; y le pedían perdón, etc. Pero hoy las mujeres dicen: «No voy a hablar con ella porque me llama *peu de galina*». El tercer material es el de los Santos Mártires, de san Esteban, que rezó por sus lapidadores, y del resto.

Lo cristeri está hecho de estos tres materiales, pónganse en el bulbo de la memoria y pase *per lo cavó de temor de dampnation*, y de este modo *és ebudellat*, etc. Esta medicina es causa de mucha vergüenza de acuerdo al mundo, pero muy útil. Por ello dice el Eclesiástico: «Perdona a tu prójimo la injuria, y tus pecados, a tus ruegos, te serán perdonados. Si un hombre guarda rencor contra otro, ¿cómo puede esperar la curación del Señor?» (Eclo 28,2-3); casi diciendo: «No puede hacerse».

El octavo modo es *dormir*. Y es que cuando el hombre vela, trabajan todos sus sentidos como la vista y las otras potencias del alma, pero no tienen ocasión de ser curados; sin embargo, cuando el enfermo duerme, la naturaleza se recompone y sana.

Cristo, hablando sobre este punto con ocasión de la muerte de Lázaro, dijo: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido»; los discípulos, sabedores de que hablaba del sueño y no de la muerte, respondieron: «Señor, si duerme, sanará» (Jn 11,11-12).

Cristo también obró con este modo. Efectivamente, el sueño del alma supone interrumpir los negocios temporales y contemplar el otro mundo: cómo están las almas con los ángeles en el Cielo, con cuánta beatitud y gloria de día y noche, contemplando el Cielo, reflexionando sobre la pulcritud interior y también exterior; asimismo, cuán grande debe ser el deleite de ver a Dios en Trinidad, a Cristo Dios y hombre, a la Virgen María y a los Santos. Éste es el sueño del alma y con él se inflama el corazón de deseo del Paraíso y con él se desprecia al mundo, por ello David dice: «Yo dormiré en paz y descansaré» (Sal. 4,9). Igualmente, pensando en las penas del Infierno y las penas que sufren los condenados, en el Purgatorio, etc.; y también en la providencia de Dios acerca de la gobernación de este mundo.

Pero vosotros, laicos, tenéis tantos negocios a la semana que no podéis dormir de esta forma; pero en el día los negocios temporales, no solo cesando en vuestros trabajos, sino también en el hablar y el cavilar; y si obráis de esta manera, se os perdonarán los pecados que hayáis cometido esa semana. Por ello afirma Isaías: «El Señor Dios, el Santo de Israel, dice: Si os volviéreis y os estuviéreis quietos encontraréis vuestra salvación, y la quietud y la confianza serán vuestra fortaleza» (Is 30,15). Durante la semana os dispersáis: uno va al campo, otro a la viña, otro a la plaza, etc.; pero si en domingo «os volviéreis», esto es de los negocios, «y os estuviéreis quietos», etc.

El noveno es *per exercici*. El médico recomienda para ciertas enfermedades: «trabajad», etc. Por ejemplo, a los grandes señores, que comen y beben tanto, etc., les dice el médico: «ejercitaos».

Dios cura al alma mediante este método con el ejercicio de la penitencia:⁵⁷ ayunando, llevando cilicio, durmiendo sobre el suelo, etc. Se evidencia en la Primera a Timoteo: «Ejercítate en la piedad, porque la gimnasia corporal es de poco provecho; pero la piedad si es útil» (1Tim. 4,7-8). La piedad y la misericordia son cosas distintas, porque la misericordia supone trabajar para la utilidad del prójimo, mientras la piedad consiste en trabajar en obras espirituales para la utilidad y salvación de uno mismo. «La gimnasia corporal», es decir los negocios de este mundo, «es de poco provecho», pues todo queda aquí cuando el hombre muere. Dígase contra los detractores que, cuando ven a algunos rezando, dicen que son ociosos, y cuando trabajan en las cosas mundanas dicen: «Estos no son ociosos», pero en la noche, esto es al final de la vida, se mostrará quién fue ocioso.

Y el décimo modo es *per purga*,⁵⁸ que purifica todo el cuerpo y se administra encubierta en *lo gobel*, o si fuera comestible escondida en obleas.

Cristo también administró esta última medicina, y, entre todas, la mejor es comulgar, pues, es cierto que en la hostia se encuentra, escondida, la purga,

57. Acerca del uso de la penitencia, cf. C. FERRAGUD, «Medicina i religió», 40-41.

58. «Ya sabéis que quien debe recibir una purga tiene que hacer primero dieta y prepararse con *eycerop*; del mismo modo, quien debe comulgar por vez primera se confiesa y se somete a la dieta prescrita por el médico del alma, a continuación recibirá *l'eserop d'ous*, que son oraciones devotas; dulce sería para el caballero poder hablar al rey o al papa siempre que quisiera. De *cherupo*, sin embargo, se toma cierta coclearia [yerba muy rica en ácido ascórbico] con agua caliente por las mañanas y las tardes, y ésta debe consistir en cierto número de *Pares nostres* —que son agua caliente si Dios da lágrimas—, y tras ello se recibe la purga, esto es, el cuerpo de Cristo que purifica los pecados; por ello dice santo Tomás en el Sermón del Cuerpo de Cristo: «¿Qué puede ser más salubre que este sacramento, en el que se purifican los pecados, aumentan las virtudes y la mente se nutre con abundancia de todos los bienes espirituales?» (*Sermonario de Aviñón*, n° 4, 22).

esto es la carne de Cristo, del mismo modo que la verdadera se halla en el Cielo, etc. Comer carnes humanas sería vana abominación; incluso si, por milagro, se viera allí a alguien, entonces la hostia no sería comida y tampoco purga el alma, etc. Por tal razón canta la Iglesia: «la culpa que trajo la carne —esto es, pecando— la purga la misma carne —esto es, la de Cristo— y reina Dios, Dios de carne».⁵⁹ Por ello Lucas dice, cuando Zaqueo recibió a Cristo, que este le dijo: «Hoy ha venido la salud a tu casa» (Lc 19,9). Por tanto, comulgad cada año por Pascua, de lo contrario no seréis recibidos en el Cielo; y comulguen los niños a partir de los doce años, porque: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna» (Jn 6,55).

Recapitulemos. El Maestro Vicente Ferrer como buen transmisor de la Buena Nueva de Jesucristo en diversas intervenciones habló de los médicos y del modo y práctica que tenían en su tiempo, valorándolo pero también haciendo algunas advertencias al respecto. Por otra parte, también se ha observado que conocía y eran su referencia fundamental en ello, las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, el pensamiento patrístico y santo Tomás de Aquino, su maestro.

Como gran comunicador que era, utilizó todos los recursos oratorios que tuvo a su alcance y así por ejemplo en el sermón —en el que partió de Lc 14,4 y predicado en Inca— en primer lugar afirmó que Cristo era un gran médico, y después fue presentado el cuidado y método que Cristo observó para la sanación de las almas en pecado, según el modo y práctica que observaban los médicos de su tiempo bajomedieval en la curación de los cuerpos según el Arte de la Medicina.

Se ha dicho que la pandemia sufrida nos hará mejores, más solidarios y más capaces de apreciar y valorar lo que tenemos, como por ejemplo en el personal sanitario, trabajadores del transporte y de limpieza, dependientes y cajeras, asistentes de mayores y personas dependientes, repartidores, trabajadores del campo y del mar, voluntarios de todo tipo, etc., o sea los imprescindibles, los indispensables. Puede ser. El premio Nobel de Literatura Orhan Pamuk ha escrito: «Para que de esta pandemia surja un mundo mejor, debemos abrazar y cultivar los sentimientos de humildad y solidaridad engendrados por el momento que vivimos».⁶⁰ Tampoco olvidemos lo que nos enseña san Vicente: hemos de considerarlos a todos ellos —en

59. «Culpa caro purgat, caro regnat Deus Dei caro» (del himno litúrgico *Aeterne rex altissime, redemptor et fidelium*).

60. O. PAMUK, «Una plaga entre dos mundos», *El País* (1-5-2020). https://elpais.com/cultura/2020/04/30/babelia/1588263509_372181.html?event_log=oklogin&prod=REGCRARTBAB&o=cerrbab [Consulta: 07/07/2021].

cierto sentido— como agentes divinos, ministros de Dios, porque fueron y son la garantía de nuestro bien máximo: la salud. Pero «el médico bueno y competente, cuando reciba al enfermo a su cuidado, no debe asegurar que él mismo otorgará la curación, que es efecto de Dios, sino diga: «Yo operaré según mi arte y ciencia, pero para los efectos de la curación hay que confiar en Dios».